



VIII ENCUENTRO INTERNACIONAL VIRTUAL EDUCA BRASIL 2007

EDUCACIÓN SUPERIOR PARA UN MUNDO POSIBLE: UNIVERSIDAD DEL CONOCIMIENTO Y RESPONSABILIDAD SOCIAL

Dra. Alma Herrera Márquez¹ *

Resumen

La formulación de utopías sistemáticas que orienten la acción del hombre en el mundo, permite diseñar previsiones que dan respuesta a las contradicciones de la actualidad, y constituyen la base de proyectos fundamentados y factibles. Esto implica asumir al futuro como proyecto de construcción del sentido “de lo global y de las armonías universales que son propias del pensamiento filosófico y en cuya búsqueda se mueve siempre la ciencia, (*convirtiéndose*) en un fundamento para la acción política inteligente” (Peccei, 1981).

La tensión que se observa entre la universidad tradicional y la universidad del siglo XXI tiene como uno de sus ejes la importancia estratégica del conocimiento y la presión para que dicho conocimiento se aplique directa e inmediata en el sector productivo.

Estos rasgos caracterizan un cambio hacia el paradigma Geocultural (Gorostiaga, 1999), que incorpora la participación de nuevos actores (ciudadanía, sociedad civil género, cultura, ambiente, educación) y nuevas sinergias (Estado-mercado-sociedad civil). Requiere la promoción de un pensamiento articulado por tres ejes: Desarrollo Humano Sostenible; Formación Valoral; Identidad y Multiculturalidad.

Las tareas que deben realizarse implican la reestructuración de la educación superior y el desarrollo de modelos alternativos en educación superior que pueden ser integrados en un sólo concepto: Universidad del Conocimiento. Pero asumido el conocimiento como un bien social que resiste la imposición de pautas comerciales.

El siglo XXI debe tener una universidad que teniendo carácter público, mantenga los fines orientados a la formación científico-profesional de alta calidad; fortalezca la capacidad para apropiarse críticamente del conocimiento y tenga como centro de actuación el elemento humano que va a ser responsable de generar y utilizar dicho conocimiento.

La formación, desde esta perspectiva, tendrá que incluir los siguientes planos: dominio del conocimiento disciplinario; comprensión de los lenguajes de disciplinas diversas; uso crítico de la tecnología; dominio de lenguajes simbólicos; desarrollo de la sensibilidad hacia las humanidades; cultivo del cuerpo; comprensión de la reconfiguración global de la sociedad; y la capacidad para generar esquemas y modelos alternativos de convivencia humana. Al mismo tiempo generar una sólida plataforma de comprensión de los problemas que tendrá que resolver en el futuro.

Es preciso generar un cambio sustantivo en el perfil docente, asumir a la investigación como el eje de desarrollo académico, transformar las estructuras universitarias tradicionales y sus formas de gobierno, desarrollar organizaciones horizontales con mayor capacidad de cambio y sensibilidad hacia la complejidad del entorno.

¹ Facultad de Estudios Superiores Zaragoza (UNAM).



Este proyecto universitario promover un humanismo que anteponga la ética a las estrictas reglas del mercado. En este sentido, los recursos tecnológicos inherentes a la Universidad del Conocimiento permitirán el desarrollo de una educación superior de excelencia, polivalente, multifuncional e integral, que ofrezca mejores perspectivas de desarrollo para toda la vida y para todos los sectores. No se debe perder de vista que el centro del esfuerzo en educación es la formación humana; cuando se invierta en edificios inteligentes y se imprima el mismo esfuerzo en diseñar planes de estudio que formen integralmente, participaremos en la construcción de una universidad pública con mayor capacidad de respuesta a los retos de la compleja sociedad mexicana del siglo XXI.

Introducción

Para la humanidad la reflexión del futuro, la esperanza en el porvenir, la apuesta por el mañana, ha sido parte su cotidianidad, de su presente. Los acercamientos individuales hacia el futuro son múltiples y todos ellos en general, van marcados por el sello de la continuidad de la vida y la trascendencia personal.

De este modo, el análisis del pasado, la reflexión acerca del presente y los proyectos apostados al futuro constituyen la base que determina el significado de nuestra relación con la realidad. Asumimos que los problemas de hoy son debidos a errores del ayer y que las posibilidades del mañana descansan en la efectividad de la actuación del día de hoy; si bien el pasado no puede modificarse, sí le ofrece al futuro datos que pueden influirlo.

A diferencia del pasado, la relación que los hombres establecen con el futuro está impregnada de intencionalidades; ellas le dan forma y contenido al significado del pasado y a las percepciones y necesidades del presente.

En un marco más amplio, el proyecto de futuro que formula una sociedad también descansa en la determinación y elección de valores, en un ideal, en una utopía. En este caso como lo señala Williams (1984) el valor de la utopía sistemática es indudable porque tiene la potencialidad de ofrecer “un recordatorio imaginativo de la naturaleza del cambio social (...) una plataforma desde la cual es posible (...) elevar nuestra mirada más allá de las adaptaciones y los cambios de corto plazo”.

En este marco, la formulación de utopías sistemáticas que orienten la acción del hombre en el mundo, permite diseñar un conjunto de previsiones que al dar respuesta a las contradicciones de la actualidad (inflación, recesión, iniquidad, devaluación del trabajo



humano), constituyen la base de proyectos fundamentados y factibles cuyo propósito sea alcanzar un mayor grado de bienestar genérico para la humanidad. Desde luego, que una meta tan ambiciosa exige el desarrollo de formas alternativas de organización política y social que puedan contribuir a la constitución de nuevos modelos de convivencia humana y de un orden mundial más equitativo.

Esto de ninguna manera quiere decir que los valores tradicionales puedan ser descartados radicalmente y tampoco podrá aceptarse que la diversidad cultural deba desaparecer; por el contrario “ hoy la sociedad global se está vinculando con pueblos indígenas de todo el mundo y con sus vastos almacenes de cultura tradicional (..) Estos grupos a menudo son capaces de visualizar soluciones alternativas y demostrar la efectividad de sus innovaciones sociales y nuevos modelos en sus propias comunidades” (Henderson, 1994).

El mundo de hoy expresa una complejidad de vida y culturas sin precedentes. Somos mas de 6.000 millones de seres humanos, de mas de 6.000 culturas distintas y de mas de 6.300 lenguas diferentes. Somos diversidad pura, multiplicidad de religiones, razas, generaciones, aspiraciones, gustos, preferencias políticas, vocaciones y formas de ver el mundo. En esta diversidad, todos constituimos el mundo que vivimos y sabemos; en él también nos correspondemos, dialogamos y confrontamos y en medio de diferencias y afinidades crecemos (Chanona , 2001: 30).

Partir de este punto de vista implica asumir al futuro como proyecto de construcción del sentido “de lo global y de las armonías universales que es propia del pensamiento filosófico y espiritual y en cuya búsqueda se mueve siempre la ciencia, (*convirtiéndose*) en un fundamento para la acción política inteligente” (Peccei, 1981).

Esta reflexión sobre el futuro tiene como punto de partida la tensión que se observa entre la universidad tradicional, con su enorme riqueza histórica y tradiciones académicas, y la universidad que está surgiendo hoy en el siglo XXI generada por un importante conjunto de cambios que afectan tanto su perfil como su contenido. Al centro, se encuentra la



importancia estratégica del conocimiento y la presión para que dicho conocimiento tenga una aplicación directa e inmediata en el sector productivo.

Ejemplo de ésta tensión es la orientación central de las políticas de educación superior, de las dos últimas décadas, que se articuló a un conjunto de prioridades necesarias al modelo de desarrollo económico: recuperación de costos; reducción de la matrícula de estudios superiores y aumento de la básica y la técnica; vinculación directa con el sector productivo; diversificación del financiamiento para reducir el peso del subsidio público; gestión eficiente y presupuestación negociada (con indicadores ligados al rendimiento comprobable); incremento del número de instituciones privadas con cobros del costo total de la enseñanza; y, disminución del “poder” que tenía el personal académico y que se ejercía en el seno de los cuerpos colegiados, del sindicalismo y de la libertad de cátedra, entre otros. Pero que desconoció las grandes tradiciones de la universidad desde el siglo XI vinculadas a valores lejanos a la rentabilidad económica: la búsqueda del bienestar; la búsqueda de la verdad; la búsqueda del orden y libertad; la búsqueda del bien; y la búsqueda de la belleza (Spies, 2003:28).

De tal modo, que hoy día tenemos un escenario conformado por múltiples fuerzas que han logrado impactar los sólidos pilares que de alguna u otra forma le dieron identidad, a lo largo de nueve siglos, a las instituciones que hoy conocemos como universidades públicas.

Ello nos conduce a plantear junto con Villaseñor (2003: 235) que es “indispensable trazar una nueva función social para el sistema de educación superior (...) porque nos encontramos en una coyuntura histórica en la cual el cambio de época y la multiplicidad de transformaciones en todos los órdenes que ha traído consigo, demandan una redefinición de nuestra identidad social”.

Bajo esta perspectiva, no cabe duda de que es tiempo de participar en la definición del tipo de universidad pública que deberemos construir para el siglo XXI y la pregunta central es ¿qué deberá hacer la universidad pública, para que la cultura se constituya en el paradigma del siglo XXI? ¿qué deberá hacer la universidad pública para insertarse



críticamente en la globalidad sin convertirse en pieza clave del modelo de mercado, que tiene como prioridad la mercantilización del conocimiento?

La Universidad Pública en el marco del Paradigma Geocultural.

La globalización de la economía ha determinado la presencia de nuevos patrones de producción, consumo y comercialización que trastocan todas las esferas de la vida cotidiana de las sociedades de fin de siglo.

Para Gorostiaga (1999), estos rasgos caracterizan el cambio de época por el que transita la humanidad. Este cambio de época denominado Paradigma Geocultural, tiende a superar la "inseguridad ciudadana en el mundo, la crisis de gobernabilidad aumentada por el peso económico y político del narcotráfico, por el aumento de los conflictos regionales y por la falta de liderazgo y de instituciones internacionales con capacidad y legitimidad para enfrentarse a estos problemas globales" (p. 4). Este paradigma en construcción pone en el centro la participación de nuevos actores (ciudadanía, sociedad civil género, cultura, ambiente, educación) y nuevas sinergias (Estado-mercado-sociedad civil).

El paradigma Geocultural requiere la promoción de un pensamiento articulado por tres ejes de actuación: Desarrollo Humano Sostenible, Formación Valoral, Identidad y Multiculturalidad.

El gran desafío que impone este paradigma implica la construcción de una nueva ética civilizatoria que se cristalice en un Contrato Social Global, caracterizado en lo general, porque "lo económico comience a adquirir su carácter instrumental al servicio del bien común" (Gorostiaga, 1999). Este entorno implica que la sociedad civil se "empodere" de sus capacidades humanas y técnicas en el único terreno que asegura una acción efectiva en el largo plazo: la educación. En este marco, la acción educativa, fundamentalmente aquella articulada a la educación superior requerirá la promoción del Desarrollo Humano Sostenible, integrando diversos subsistemas de aprendizaje que mejoren calidad, equidad y pertinencia.



Este es el contexto, es vigente la reiteración de De la Fuente (2003, p:111) al señalar que hoy como nunca, la Universidad Latinoamericana, tiene que contribuir a “forjar el espíritu, (...) a encontrar en la cultura y en la educación la verdadera palanca para el desarrollo”.

Forjar el espíritu, nutrirlo de perspectivas múltiples y comprensivas implica ofrecer al universitario la más amplia gama de experiencias científicas, tecnológicas y humanísticas articuladas a la realidad del país. No sobra señalar que la educación superior no se puede subordinar a las regularidades impuestas por la dinámica del mercado; por el contrario, debe seguir contribuyendo a la definición de la soberanía nacional y a la formación del ser, de la identidad, de la historia y del porvenir.

Las tareas que deben realizarse son múltiples y abarcan prácticamente, la reestructuración de todas nuestras instituciones; en particular, la educación superior tendrá que enfrentar también, el impacto del acelerado desarrollo científico-tecnológico. La reestructuración de este nivel educativo implicará el desarrollo de modelos alternativos en educación superior que pueden ser integrados en un sólo concepto: Universidad del Conocimiento.

Pero como señala Brovotto (2003: 4), “concebimos al conocimiento como un bien social” (...) que resista “la imposición de pautas, modelos y enfoques determinados con criterios comerciales, que generarán mayor dependencia y dificultarán la legítima intención de los países por impulsar políticas sociales y culturales propias en el área educativa, lo que representa, ni más ni menos, que una profunda erosión a la soberanía”.

El siglo XXI contará entonces con una universidad que teniendo carácter público, mantenga los fines orientados a la formación científico-profesional de alta calidad; y al mismo tiempo, fortalezca la capacidad para apropiarse críticamente del conocimiento y tenga como centro de actuación el elemento humano que va a ser responsable de generar y utilizar dicho conocimiento. Bajo esta óptica ninguna universidad por más automatizada que sea podrá dejar de lado que su principal función es la formación humana; lo que supone incidir en la reestructuración de los esquemas curriculares



fragmentados y extremadamente rígidos de la mayor parte de las ofertas educativas de nivel superior en México.

La formación que se promueva desde esta perspectiva tendrá que ampliar su abanico de opciones articulando orgánicamente los siguientes planos: el dominio del conocimiento disciplinario, la comprensión de los lenguajes de disciplinas diversas, el uso crítico de la tecnología, el dominio de lenguajes simbólicos, el desarrollo de la sensibilidad hacia las humanidades y las artes, y el cultivo del cuerpo por la vía del deporte.

La formación de seres humanos polivalentes y multifuncionales tendrá como punto de partida lo que la Pedagogía ha planteado desde Comenio al promover una formación para toda la vida. Formación que asegure que un estudiante no sólo sepa mucho de lo que está obligado a aprender por el carácter y orientación de su nivel de estudios; sino que tenga además sensibilidad respecto a la reconfiguración global de la sociedad, la emergencia de problemas nuevos y la determinación de las condiciones necesarias para generar esquemas y modelos alternativos de convivencia humana.

De esta manera habrá que diseñar en poco tiempo ofertas curriculares flexibles que le permitan a un estudiante el dominio del núcleo de conocimientos que le dan identidad profesional o científica, pero que al mismo tiempo le ofrezcan la posibilidad de combinar su formación básica con otras ramas del saber que le permitan generar una sólida plataforma de comprensión de los problemas que tendrá que resolver en el futuro.

Esto implica que el modelo educativo de la Universidad del Conocimiento se caracterizará por promover el dominio de competencias académicas, basarse en un curriculum flexible, generar un cambio sustantivo en el perfil docente, asumir a la investigación como el eje de desarrollo académico y transformar las estructuras universitarias tradicionales y sus formas de gobierno.

Un primer paso en esta dirección es el desarrollo de organizaciones horizontales que tengan mayor capacidad de cambio y mayor sensibilidad hacia la complejidad del entorno. Al respecto debe señalarse que la universidad no se agota donde terminan sus límites



físicos y que por ello sus programas, proyectos y propuestas deberán contemplar los cambios globales que perfilan a las sociedades de nuestro tiempo.

Por lo anterior es importante plantear que la construcción de una Universidad del Conocimiento en el marco del Paradigma Geocultural no es sinónimo de incorporar experiencias educativas virtuales; en todo caso su objetivo será el potenciar la creatividad en una sociedad que exige modos alternativos de comprender y resolver sus graves problemas. Uno de los ejes de este proyecto universitario deberá ser la recuperación de un humanismo que anteponga la ética, la ciencia y la cultura a las estrictas reglas del mercado y de la economía.

Los años que están por venir representan la posibilidad que la educación superior inicie la transición hacia la consolidación de la Universidad del Conocimiento. De aprovechar las enormes oportunidades que ofrece este modelo de educación superior estaremos en mejores condiciones para alcanzar el ideal de democracia planteado tanto a nivel nacional como en el plano internacional en materia de educación porque la democracia no puede ser reducida a garantizar sólo la cobertura universal de educación básica. Cuando este país asegure la educación formal en todos sus niveles incluido el superior y el de posgrado y cuando se aprovechen los recursos tecnológicos para formar a todos los individuos que lo conformamos estaremos pensando en una educación para la democracia y en la democracia.

En este sentido los recursos tecnológicos inherentes a la Universidad del Conocimiento permitirán el desarrollo de una educación superior de excelencia, polivalente, multifuncional e integral, que ofrezca mejores perspectivas de desarrollo para toda la vida y para todos los sectores. No se debe perder de vista que el centro del esfuerzo en educación es la formación humana; cuando se invierta en edificios inteligentes, bibliotecas ultramodernas, acceso a los bancos de información y se imprima el mismo esfuerzo en diseñar mejores planes de estudio que aspiren a formar integralmente a los individuos que hacemos a la universidad, participaremos en la construcción de una universidad pública



con mayor capacidad de respuesta a los retos de la compleja sociedad mexicana del siglo XXI.

Mientras nos concentremos solamente en uno de estos ángulos como el equipamiento tecnológico, pero no se transformen las estructuras institucionales y las formas tradicionales de organización curricular, nuestra inserción hacia el futuro va a ser muy precaria. Bajo esta perspectiva la Universidad del Conocimiento se constituirá como un importante eje en la consecución de los grandes ideales humanos que son plataforma de los nuevos esquemas de convivencia y relacionalidad.

La difícil transición a la democracia que estamos viviendo en México exige no sólo de nuevas instituciones sino de la construcción de una cultura incluyente y participativa, capaz de coexistir con disensos; una cultura donde la democracia no sea un buen deseo sino una forma de relación humana; una cultura que conduzca a incorporar propuestas fundamentadas en la construcción de un nuevo proyecto social y universitario.

Finalmente sólo resta señalar que una universidad inteligente no es aquella que tiene la mejor infraestructura virtual; sino aquella que potencia la creatividad humana.

Bibliografía.

- Gorostiaga, X. (1999). "Hacia una prospectiva participativa" En: López Segrera F. Y Filmus, D. (coord). América Latina 2020: escenarios, alternativas y estrategias. Ed. IESALC- UNESCO. Venezuela.
- Henderson Hanzel (1994). "Escenarios de transición global hacia un desarrollo sustentable" en Memoria del Primer Congreso Mexicano de Prospectiva: Los Futuros de México y el Mundo. México, Ed. Centro de Estudios Prospectivos A.C.
- Herrera, A., y Didriksson, A. (1999). "La construcción curricular: innovación, flexibilidad y competencias". En: Educación Superior y Sociedad. Vol. 10, No. 2. (IESALC-UNESCO). Pp. 29-52.



Spies, Philip, (2003). "Las tradiciones de la universidad y el desafío de la transformación global" en Inayatullah, S., y Gidley (compil). La Universidad en transformación. Barcelona, Ed. Pomares. pp. 27-40.

Villaseñor, Guillermo, (2003). La función social de la educación superior en México. México, Ed. UAM-CESU-UV.

Williams Raymond (1984). Hacia el año 2000, España, Ed. Crítica.